LA CAPTURA DE VESSMER

Una escena de las Crónicas de Aerdrion

JORGE MAYO

NOTA DEL AUTOR

Gracias por acercarte a esta escena y por dedicar un poco de tu tiempo a leerla. Espero que disfrutes de este pequeño fragmento de mi mundo y que te permita conocer un poco más de la historia que estoy construyendo.

El texto que encontrarás a continuación forma parte de una obra todavía en proceso. La escritura no es definitiva y algunos pasajes, nombres o elementos pueden cambiar durante las futuras revisiones de la obra.

Esta escena se comparte exclusivamente con fines de lectura y difusión de la obra. Queda prohibida su reproducción, distribución o utilización con fines comerciales sin la autorización expresa del autor.

LA CAPTURA DE VESSMER

ESCENA

Aconteció, en una hora de sombra, que los Guardianes del Amanecer apresaron a Vessmer.

Lo condujeron entre brumas hacia la Ciudadela del Amanecer, no como hermano, sino como malhechor. Los mismos que antaño habían empuñado la espada a su lado lo sujetaban ahora con firmeza. El único sonido era el de sus pasos sobre la nieve endurecida.

Cuando alzó la vista y contempló de nuevo las altas murallas cenicientas de Morheib, sintió un vacío seco abrirse en su pecho, como si algo en su interior se hubiera quebrado sin hacer ruido. No soplaba brisa alguna, y sin embargo el frío era más cruel que en campo abierto. Cruzó sus puertas no como hijo, sino como cautivo, y por un instante se detuvo en el umbral, sin que nadie se lo ordenara. Aquel había sido una vez su hogar, y ya no lo era.

Solo se oyeron las pisadas sobre la piedra. Después, entre las filas de los Guardianes, alguien rompió el silencio con un murmullo apenas audible.

—Confiábamos en ti —susurró uno de ellos.

La mandíbula de Vessmer se tensó, pero no volvió el rostro ni respondió. Tras varios pasos, otra voz habló.

—Prometiste que jamás tomarías el poder en tu propio nombre.

Allí, entre aquellos muros, Vessmer contempló el declive de Morheib. Apenas una decena de grifos permanecía en los altos patios, con las alas plegadas, inmóviles como estatuas olvidadas. Sus jinetes guardaban silencio junto a ellos, sin alzar la voz ni el gesto. Nadie carraspeó. Nadie suspiró ni pronunció nombre alguno. La ciudadela callaba, y aquel silencio pesaba más

que cualquier sentencia.

Cuando Vessmer pasó bajo las alturas, uno de los grifos alzó apenas la cabeza y se estremeció, como si en lo más hondo aún perdurara un recuerdo. El aliento del grifo se deshizo en el aire helado, semejante al humo de una hoguera extinguida. Vessmer creyó ver en sus ojos algo que no había encontrado en ningún rostro desde su regreso: reconocimiento. Él también había sido un Jinete del Amanecer.

—Misericordia, Gran Madre, misericordia... —murmuró.

Nada quedaba de la Morheib que había conocido. Sus muros seguían en pie, pero no aquello que siempre les había dado sentido.

Bien conocía los pasadizos por los que era conducido, pero ya no encontraba en ellos nada de lo que habían sido. Sus pasos resonaban apagados bajo las bóvedas. Las antorchas ardían sin chisporrotear, con una llama tensa y vertical que el frío mantenía inmóvil, incapaz de danzar.

Alzó la mirada. Las sacerdotisas de la Llama Sagrada flanqueaban el corredor, como centinelas esculpidas en piedra, con los rostros velados y las manos ocultas bajo mantos carmesíes. Comprendió que el Círculo había reclamado la fortaleza y que los Guardianes del Amanecer servían ya a una voluntad ajena.

Pensó en Evelan Lórienar, gran arconte de la ciudadela, que una vez había sido su amigo. Habían compartido batallas y juramentos cuando aún creían que el yugo del Círculo podía ser quebrado y que la Creadora les concedería el Amanecer Prometido.

Ignoraba si aún habitaba aquellas estancias o qué juicio habría pronunciado sobre su caída. Y ese desconocimiento era quizá la herida que más profundamente lo desgarraba, pues nada temía tanto como la

decepción de un amigo.

Cerró los ojos un instante y volvió a orar.

—A ti acudo, Gran Madre, pues en ti halla refugio mi alma. A la sombra de tus alas me amparo, hasta que pase la tormenta.